

No tienen prisa las palabras.
Carlos Skliar

“Tenemos que aprender de nuevo a pensar el espacio” dice Marc Augé refiriéndose a la superabundancia de imágenes y acontecimientos de la sobremodernidad; pensar de nuevo el espacio de la aceleración, piensa Marc Augé, poetiza Carlos Skliar. No tienen prisa las palabras; ¿no tienen prisa?

A medida que los estados, y las ciudades, y el trabajo se debilita, a medida que el territorio como tal se vuelve precario, el sujeto se demanda acerca de su identidad, se vuelve migrante. Lo propio de nuestro tiempo es el cruce de fronteras. Así los límites se corren con el pulso de la aglomeración. ¿No tienen prisa las palabras?

El niño viaja. Atraviesa. Pasa entre travesuras. Se detiene sin saber en qué detención se encuentra. Abre el tiempo como si fuera un juguete. Desarma el tiempo como si fuese el lenguaje. El niño, el poeta, arrojado al mundo, a ese astillero en movimiento; la fábrica de velocidad. El niño, el poeta, sabe que desarmar es desacelerar.

Los campos de tránsito o los pasajeros en tránsito, las intersecciones y los clientes, usuarios, oyentes buscando la entrada o la salida. La circulación, ya no en busca de conversos o esclavos moldeando la cultura de un tiempo, sino el tránsito como residencia. *Olores a otros países en otro país que no es mi país. Cajas chinas, Matriushkas. Laberintos de espejos imperfectos,* escribe Carlos Skliar haciendo de la generación un afuera. Digo afuera como decir, ahí adentro de las Matriushkas hay hijos no autóctonos. El mismo poeta un hijo que trae su novedad: desmarcar el territorio del santuario del pasado.

No tienen prisa las palabras. ¿No tienen prisa? La novela moderna sepulta sus personajes en el monumento de sus textos, los demora en la tierra. Tarde o temprano, aparece un niño, un poeta, un Carlos que ya no garantiza la defensa de los altares; y parte. Al partir, nada sostiene los cimientos. Al partir, desmarca la mirada, encuentra el origen fuera del origen: *Un barrio donde no hay nativos. El paraíso que tanto buscabas.*

Tarde o temprano para *el extranjero. Aquel a quien los sonidos de la calle le alcanzan un poco más tarde.* No es la lentitud de las deportaciones. No tienen prisa las palabras, porque tarde o temprano se gana tiempo perdiendo el refugio, ese consumo de la protección. Fuera del ideal colonizado que obliga a obedecer lo propio, el lugar donde uno es

colocado. Porque la ocupación singular y exclusiva sólo define la permanencia del cadáver.

Toda memoria es respiración agitada. No tienen prisa las palabras. No se apabullan, no se apresuran. ¿Es urgente el sonido del campanario que no deja de tocar y aún resuena? *Lograr otro paso. Ni el de los gerentes, ni el de las tiendas, ni el de los lodazales. Un paso como el de los pájaros que aún no emigran. Como el del campanario que aún resuena.* Un paso como el de los pájaros, dice Carlos Skliar, un paso que es un vuelo. La escritura no pasa como fotografía benjaminiana. El fragmento en el autor de Los Pasajes todavía conforma pistas en la ciudad considerada como vasto depósito de historia; historia que es leída en un almacenamiento de escombros, en la diseminación de objetos expresivos del barroco.

Pero las palabras tuvieron prisa y Benjamin encontró en Port Bou la continuación acabada a su calle de único sentido. La escritura de Carlos Skliar no es una escritura del fragmento como esa especie de sacudida al sueño fetichista de la ciudad. Los lugares en Carlos Skliar no se construyen como espacios de identidad, no hay en ellos elementos catalogados, clasificados, o promovidos a la categoría de lugares de memoria. Porque, el poeta lo dice: *toda memoria es respiración agitada. Cada olvido es un modo desordenado de decir adiós.* Y el libro se arroja, se lanza, nos acompaña hacia el lugar de salida, se despide. Sin prisa. Nos recibe, para decirnos adiós. Como una atracción; sin apuro.

Ana Arzoumanian